

CARTAS A JOSE ENRIQUE RODO

---

*ENSAYOS se honra en dar a la publicidad las magistrales cartas que don Miguel de Unamuno escribiera a José Enrique Rodó, y que, inéditas hasta hoy, se hallaban en mi poder para fines de investigación: todo ello gracias a la amabilidad de don Alfredo Rodó, y con su expresa autorización.*

E. P. M.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Mi muy distinguido compañero: Conocía algo de usted, pero el *Ariel* ha acabado de revelármelo en toda su simpática personalidad. Porque es el sentimiento que leyendo a usted se desenvuelve en el ánimo del lector atento, simpatía, simpatía en el más profundo sentido, en el etimológico, συμπαθεια (dispénsese esta pequeña pedantería; hábito del oficio, pues soy profesor de griego). Es un escrito genuinamente platónico, sereno, noble, equilibrado. Lleno de σοφουνη. A mí en particular su lectura me ha aquietado, por lo mismo que no responde del todo a mi íntimo modo de ser. Es una producción profundamente latina,

y yo aunque escribo en un romance (hace años escribí algo en vascuence, pero lo dejé), nada tengo de latino. Es más, creo que mi raza, mi raza vasca, está ahogada por el latinismo. Y si no he logrado meterme al corazón, bajándolo de la cabeza, el latinismo, tampoco me penetra lo helénico a pesar de los nueve años que llevo enseñando lengua y literatura griegas. Véolo a usted también muy influido por la cultura francesa — acaso en exceso, es decir, con demasiado predominio — y lo francés me es poco grato. Su claridad, su método, su *belle ordonnance* me hastían, veo siempre en ellos la sombra de Racine. Se lo escribí a Coll en una carta que éste ha dado a luz: el francés es sensual y lógico, y me son poco caros lo lógico y lo sensual. Un francés rara vez penetra de veras en abismos místicos, y jamás llega a gustar de veras de Shakespeare, un bárbaro. Y con todo ello es lo que necesito para equilibrarme, latinismo, helenismo, galicismo. Por eso *Ariel* me ha entonado. Por cuatro o cinco veces la emprende usted con el puritanismo “que persiguió toda belleza y toda selección intelectual...” (pág. 47) “la idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos” (pag. 104). Y sin embargo yo creo al puritanismo la fuente de la más honda belleza, de la belleza desnuda e inefable, desnuda de formas sensibles (parece esto un contrasentido; lo sé). De él han brotado esos inmensos *nuisings* de Wordsworth, lo más puro que hay en poesía acaso, esos solos de órgano. Sí, ellos, los puritanos “han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, etc.” (pág. 94). Pero que el sentimiento religioso puritano no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo? El que yo creo que no lo levanta es el sentimiento religioso católico o sea latino (catolicismo y latinismo son una misma cosa), pagan siempre, puramente estético, sin profundidad real. Pero no discutamos ¿para qué? Después de todo si algo da vida al pensamiento es que cada cual piense a su modo y que tratemos todos de comprendernos y de completarnos. En resumen, su *Ariel* es un libro altamente sugestivo y que

ha de darme materia a reflexiones, llamando a la vez la atención del público que me favorece, hacia él.

Al recibir esta carta estará ya en su poder el ejemplar de mis *Tres Ensayos* que le he dedicado. Según el éxito que con ese librito obtenga me animaré o no a seguir dando lo que en su primera página anuncio. En lo que tengo puesto más alma es en mis poesías. A la vez trabajo en una nueva novela titulada *En el campo*, en unos *Diálogos filosóficos* y en mi *Vida del romance castellano: ensayo de biología lingüística* en que llevo diez años de labor. Es la filología mi especialidad técnica y le debo muy buenos ratos. Hame servido de narcótico en no pocos pesares íntimos y en las murrias que de cuando en cuando me acometen.

Cada día me interesa más cuanto al pensamiento hispanoamericano se refiere, pero en general observo en la literatura de esos países una tendencia que no sé hasta qué punto concuerde con la orientación íntima (si la hay) del espíritu colectivo de ahí. Algo de ello verá usted en la breve carta que dirigida a mi buen amigo D. Francisco Soto y Calvo publica éste en *El genio de la raza (evocación de un poema argentino)*. Víctor Hugo dejó ahí una enorme huella, no siempre fecunda, y ahora influyen con demasiada exclusividad los *dii maiores* del *Mercur de France*. Acaso es manía mía. Mi madre, que se educó en Francia, me hizo aprender de muy niño francés, pero desde que en 1880 empecé a aprender alemán, poco después inglés y noruego más tarde, apenas he vuelto a leer francés. Tengo algo de francófono. Y si leo francés es a belgas o suizos de preferencia; el grupo ginebrino (Amiel, Scherer, Töpfer, Secretan etc., me encantan). También me satisface ese grupo de protestantes franceses (Réville, Aug. Sabatier, Menegoz, Stapfer etc.) de tan simpático espíritu. El *Jésus de Nazareth* de Réville pongo sobre el de Renan, y la *Esquisse d'une philosophie de la religion* de Aug. Sabatier me parece de lo más sano que el espíritu francés ha dado. Del resto, de los pasados, Pascal y Senancour (el autor del inmenso *Obermann*, uno de mis libros favoritos) son los que

más me gustan. El genio francés se ve bien en Taine, brillante, elocuente, bien trabado, pero anguloso, en el fondo frío, sistemático, y condillaquiano siempre. Michelet también me agrada. Pero ya se lo digo, me parecen *racionalistas* en el más hondo sentido de esta palabra, y el racionalismo me es poco simpático.

Aquí todo sigue su carril; yo no sé qué va a ser de esto. Creo que nuestra desgracia es no haber tenido un Lutero nuestro, español: la Inquisición ahogó en germen la castiza Reforma española que hubiera brotado del movimiento místico, del impulso de aquel estupendo S. Juan de la Cruz, acaso el más soberano poeta y el más profundo pensador de raza castellana. Y como no hemos pasado por un Lutero no podemos digerir a Kant, y seguimos presos al realismo vulgar. Aún no ha comprendido el castellano lo de que la vida es sueño. Me llaman protestante, y hay algo de ello. La concepción de la fé que doy en el tercero de mis *Tres Ensayos* es en el fondo genuinamente luterana. Desde que leí la *Dogmengeschichte* de Harnack se me abrieron vastos horizontes. Apenas me interesa ya más que el problema religioso y el del destino individual: repelo toda concepción esteticista del mundo. Todo el helenismo se encierra en aquel verso de la Odisea que dice: "los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que los venideros tengan algo que cantar", y nadie ha caracterizado a los atenienses mejor que el autor de los *Hechos de los Apóstoles* en el versillo 21 del cap. XVII, eran amigos de novedades. Pero esto va a degenerar en disertación.

Dispésemelo: padezco de epistolomanía.

No sabe usted bien cuanto me satisface entablar relación a través de océano, con un espíritu como el suyo; en ello ganaremos ambos. Tenga, pues, por un amigo a su afino.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 5 V 1900.

¿Qué hace Zorrilla de S. Martín ¿Ha enmudecido?

Su *Tabaré* es de lo americano que más me satisface; me gusta más que todo lo *mercurial* junto.

\* \* \*

Salamanca, 13 Diciembre 1900.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Mi muy distinguido amigo: En "La Lectura" revista que con el nuevo año empezará a publicarse en Madrid y en la sección bibliográfico-crítica de letras americanas, sección de que me he encargado, hablaré de su *Ariel*, sin perjuicio de dedicarle un *ensayo*, para el que tengo tomadas no pocas notas. — Mi nombramiento para rector de esta antigua Universidad y el viaje que una vez nombrado tuve que hacer a Madrid para tratar de diversos asuntos con el ministro de Instrucción Pública me han retrasado no poco en mis particulares trabajos literarios y científicos. No hace aún cuatro o cinco días que los he podido reanudar. Sobrevínome la inesperada propuesta del ministro precisamente en los días en que más enfrascado estaba en una novela pedagógico-humorística en que pienso *fundir*, fundir y no mezclar, elementos grotescos y trágicos y tal vez le ponga a modo de epílogo un ensayo sobre lo grotesco como cara de lo trágico. Allá veremos. — Mil gracias por lo que respecto a mis "Tres Ensayos" me dice. Yo, le confieso, no sólo no soy latino de raza (como vasco que soy) sino que aunque con la mente procure comprender el latinismo, mi corazón lo rechaza. Culmina, a mi entender, el espíritu latino en el catolicismo, hasta tal punto que aún los librepensadores latinos son católicos sin saberlo. Esa concepción social y estética de la religión es hondamente latina (Renan era un católico *malgré soi*; basta ver su posición frente a Aniel), y yo me siento protestante, en lo más íntimo del protestantismo (Harnack, Ritschl, Hermann, etc. me han convencido de ello). Pueden parecer análogos un positivista o un panteísta latino y otro germánico, pero si

ahondando en la idea llegamos al sentimiento y *modo* de sentir el mundo y la vida, al punto vemos que el uno sigue siendo católico y protestante el otro después de haber rechazado todo dogma de una y otra creencia. Proudhon y de Maistre son hermanos en espíritu. Y yo, se lo repito, me siento con alma de luterano, de puritano o de cuáquero, el ideocratismo latino y su idolatría me repugnan; me repugna su adoración a la forma y su tendencia a tomar la vida como una obra de arte y no como algo formidable y serio. Renan decía a Amiel que el pecado es la gran preocupación de toda alma protestante y que no lo es de la católica, y lo siento así. Estudió lo francés, procuro penetrarlo, pero no logra seducirme. Y lo que menos veo en lo francés es la amplitud; es, con apariencias de amplio, uno de los espíritus más estrechos. Acepta a Carlyle, a Ibsen, a Nietzsche (a quienes creo que difícilmente *sentirá* del todo, aunque los entienda bien, quien no haya protestantizado su corazón) pero los acepta por moda, por *snobismo*, por algo más noble, por leal deseo de ensancharse, pero en el fondo sigue teniéndolos por bárbaros. No hay más que leer a Brunetière, a Lemaitre, a Barrès, a Zola (este archi-latino de espíritu tan enormemente estrecho). Grande es Taine, grande Guyau, pero ni uno ni otro supieron sacudirse de su espíritu: basta leer lo que del inmenso Wordsworth dice aquél. Tal vez sean el latino y el germánico espíritus impenetrables, porque tampoco Carlyle sintió la grandeza de Voltaire ni hay genuino teutónico que vea el genio de un Racine o de un Flaubert. Y en esto me declaro germánico. Y voy más lejos, llegando a afirmar que el pueblo español es un pueblo que sin tener fondo latino está latinizado por siglos de lengua románica; es un pueblo de fondo berberisco domesticado por el pueblo romano. Y en nosotros, los vascos, que hemos conservado nuestra vieja lengua, se ve cuanto a nuestro espíritu repugna lo latino. Sin tener más de germanos, nos penetra más, no sé por qué, el alma germánica. Aquellos de mis paisanos que viajan y aprenden lenguas se enamoran antes de lo inglés o alemán que de lo francés o italiano. Pero repito que

en el fondo acaso más educadoras que las lenguas veo las religiones, y dividido a los europeos todos, crean o no, sean con la *mente* agnósticos, o ateos, o deístas, o panteístas, en católicos y protestantes. Y mi alma es luterana. — De esto, de esta pobre nación y de nuestra juventud española, qué he de decirle? La raza española está *in fieri*, está por hacer, es, como dirían los escolásticos, no un término *a quo* sino un término *ad quem*. Necesita, creo yo, un impulso religioso en el más hondo sentido de este vocablo, no dogmático; necesita un Tolstoi castizo, una castiza Reforma. Inicióse con los místicos, con aquel poderoso anarquista San Juan de la Cruz, pero la Inquisición católico-latina la ahogó en germen. También yo me complazco en reconocer que por muchas que sean las ideas que nos separen siempre nos hemos de unir en espíritu, en el deseo, asequible o no, de penetrarnos mutuamente. Porque aun viendo yo la resistencia subconciente de mi alma a hacerse latina mi conciencia me dicta una constante labor para comprender lo latino y apreciarlo y respetarlo. Aprecio cuanto de generoso, de noble, de sincero, de original hay en su *Ariel* y así lo haré constar, por más que mi corazón me tire por otros caminos. Toda idealidad es fecunda y purificadora, y jamás caeré en la soberbia de suponer que se refleja en mi espíritu todo lo que el mundo necesita. Necesita de latinismo para corregir y completar nuestra acción, que por sí sólo haría acaso sombría e imposible la vida; es otro lado de la vida del espíritu, no menos necesario, no menos grande, no menos noble, que los otros. — ¡Qué exacto lo que me dice de que España es anciana y América infantil! Hay que trabajar. Su obra de usted es la más grande, a mi conocimiento, que se ha emprendido últimamente en América. Hay que sacudir a los pueblos dormidos y que penetren en sus honduras, que en ellas nos encontraremos todos. Porque hasta los dos *valores* que yo creo más irreductibles en nuestra cultura, el catolicismo y el protestantismo ¿no tienen acaso una raíz común? A llegar a la raíz común de las cosas hemos de tender, y a ella se llega por distintos caminos, por el

Bien, por la Verdad, por la Belleza, por la Religión, por la Ciencia, por el Arte... qué importa el camino? Tenemos un fin común, desde nuestros caminos nos animaremos y saludaremos y aún podremos darnos las manos porque de continuo se cruzan y entrecruzan y se confunden. Y... es que hay caminos diversos. No, amigo Rodó, lo que nos une en realidad no es *mucho*, es *todo*. Es todo. Reciba, pues, fraternal abrazo de

*Miguel de Unamuno.*

Salude a Reyles, a quien escribiré pronto.

\* \* \*

4 noviembre 1901.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Mi querido amigo: Contesto a la vez a su carta del 25 de febrero y a su tarjeta del 12 de octubre, por la que le doy las gracias. Ruda fué la batalla de Bilbao contra el exclusivismo de casta, pero en ella tuve a mi lado a la mejor, ya que no a la mayor parte de mis paisanos. Soy vasco por todos costados, vascos fueron mis padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos todos en cuanto la memoria de mi familia alcancé, nací y me crié en país vasco, hablo el vascuence, pero he creído señalar a mi pueblo su más noble y más alto destino, apartándole de los que quieren encerrarle en su viejo hogar. La sacudida ha sido buena, y ahora se empieza en mi país a poner en tela de juicio cosas y principios que pasaban por incontrovertidos hasta ahora.

Y ahora otra batalla me llama. A la vez que avanzo lentamente (*festina lente* es lema mío) en mi novela trabajo en mi ensayo sobre la Libertad para decir a este mi pueblo español que lo que necesita es cultura más que libertad. La libertad aquí sería un mal, tomada en abstracto. La libertad de enseñanza, v. gr. significaría de hecho que no habrían

de enseñar más que los frailes; para que proclamemos la libertad de conciencia es antes preciso que hagamos la conciencia que ha de ser libre. Quiero proclamar el *Kulturkampf* español y erigir la bandera de la cultura. Somos aquí una minoría de europeos, educados a biberón científico, que tenemos el deber y el derecho de imponernos a una mayoría de berberiscos, para quienes la libertad sería un mal. Una dictadura civil pedagógica es lo que aquí se impone, una tutela ejercida por los intelectuales. Otra cosa sería la barbarie. Espero que este escrito mío produzca agitación aquí. En el mismo sentido va inspirado el artículo que sobre el problema de la instrucción pública en España he enviado para el número de primero de enero de "La Nación" de Buenos Aires.

De relaciones hispano-americanas, qué he de decirle? Sigo mi labor en *La Lectura* y sigo creyendo que sólo nos unirá el que tengamos algo que decirnos y algo sustancioso y de valor. Lo que a la lengua se refiere me interesa y un avance de lo que en tal sentido pienso escribir da el trabajo que sobre la lengua española publicaré en el próximo número de la revista *Nuestro Tiempo*.

¿Qué hace Reyles? Nada sé de él hace tiempo, aunque le supongo metido en su labor.

Recuerdo con frecuencia sus consejos de *Ariel* y alguno de ellos ha de figurar, simpáticamente comentado, en mi ensayo sobre la Libertad y la Cultura.

Sabe cuán de veras es su amigo que le envía un fuerte apretón de manos, efusivamente.

*Miguel de Unamuno.*

\* \* \*

15 mayo 1902.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Mi querido amigo:

Acaso al recibir ésta se halle ya en sus manos mi desahogo humorístico-novelesco *Amor y Pedagogía*. Pertenece

a un género muy poco cultivado en España. No sé cómo caerá, pero el libro me ha servido para purgarme de malos humores. Ahora trabajo en cosas de otra índole y fuste.

Celebro que haya salido de sus preocupaciones políticas. Es aquí un fatal sino, y creo que lo sea ahí, el que lleva a casi todos los intelectuales a la política, en que se malogran sus esfuerzos. La literatura suele ser en España escala para un ministerio u otro cargo inferior. Algo va corrigiéndose esto, sin embargo. La gran masa del público no comprendía otro modo de premiar a un escritor prestigioso como no fuese haciéndole ministro. Tenemos, sin embargo, que Galdós, fuera de toda acción política, influye grandemente. No se concibe aquí apenas a un educador del pueblo sin disponer de la *Gaceta*. El politicismo nos devora, o mejor nos ha devorado (pues, como le digo, hay señales de cambio) y el oratorismo. Es raro encontrar un verdadero *escritor* en España, los más que por tales pasan son oradores por escrito.

Pero ganamos y creo ha de llegarse a estado en que influya, fuera del poder, un pensador sobre su pueblo. Lo de Spencer y Ruskin en Inglaterra, o de Renan en Francia podrá llegar a darse aquí.

El enemigo es cierta oculta y sorda hostilidad a la cultura europea, una hostilidad de berberiscos. Por debajo nos queda algo del orgullo a lo marroquí; otros sabrán más, tendrán más industria, más dinero, etc., pero más hombres que nosotros... eso no! Añada que es aquí corrientísima la idea de que la felicidad va unida a la ignorancia. Estas tendencias búdicas a la vez que beocias hay que combatir y no con libertades abstractas, sino imponiendo la cultura. Yo paso por poco español (y hasta por poco o nada latino) pero me esfuerzo por influir en la juventud intelectual española.

Tiene usted razón; hay que luchar por imponer *ideas* y hacer que circulen. Es preciso que el público no se asuste de los libros de contenido y acabe ese aluvión de ñoñerías más o menos modernistas en que no hay sino balbuceos de

imitación. Por lo que a América hace me esfuerzo por llamar aquí la atención acerca de lo que ahí se hace de serio, sustancioso y conceptual, y desvanecer la leyenda del *sinsonismo* y de que no hay apenas más que poetas chirles que cantan a las manos principescas de esta o la otra beldad u otra lilaila por el estilo. Por supuesto esto no me lleva a desdeñar la literatura pura, *nuancée*, vaga, de imaginación o sentimiento.

Espero el fruto del período de meditación y trabajo en que me decía iba a entrar. Su *Ariel*, tan simpático, tan noble, tan elevado, tan sereno, me hace desear la consecución de su labor. Y admiro más esa manera por lo mismo que sin querer propendo yo (tal vez sea cosa de casta) a cierta dureza esquinada y a una expresión en exceso ósea.

Ya sabe cuán de veras es su amigo

Miguel de Unamuno.

\* \* \*

7 febrero 1903.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Mi querido amigo: Su juicio sobre mi "Amor y Pedagogía" me ha sido muy precioso y se lo agradezco. Es el tal libro un desahogo y con haberlo escrito me ví libre y desembarazado de malos humores, pues no puede usted figurarse la bilis que he tenido que digerir (le advierto que lo digo en sentido figurado, pues fisiológicamente nada tengo de hepático, gozando de un organismo muy robusto y de una salud a toda prueba) para verter ese amargo humorismo.

Habrá recibido ya mi *En torno al casticismo*, ensayos que cuando se publicaron hace ya ocho años, alcanzaron algún éxito. Revélase en ellos que los escribí cuando entraba en mis treinta años y con el empeño de atraer la atención desde luego. Hoy los haría más serenos y más detenidos.

Mi obra *Religión y ciencia* camina muy poco a poco. Ahora leo al gran pensador y psicólogo norteamericano William James, cuyo libro *The varieties of the religious experience* me parece magistral, así como sus ensayos *The will to believe* (que es como se titula el primero de ellos). Son obras que creo le interesen y que interesarán de seguro a Nin y Frías, a quien, en mi nombre, se las recomienda.

Por cierto que este nuestro amigo me había hablado de D. Angel Floro Costa, y me ha enviado su libro "La cuestión económica en las repúblicas del Plata" con una carta del Sr. Costa a él, en que explica por qué me la envía así, por segunda mano. He acusado recibo al Sr. Costa prometiéndolo darle noticia de mi impresión y aquí me tiene luchando con mi *ideal*.

Mi ideal más querido es el de la absoluta, desnuda y limpia sinceridad. Quisiera que los hombres nos desnudáramos las almas y que viniesen tiempos en que todos nos confesáramos en público. Creo que si cierto paganismo culminó en el desnudo de la carne, el cristianismo debe culminar en el desnudo del alma, y que es el modo de embellecer el espíritu. Si nos viésemos todos desnudas las almas fundiríase en amor una inmensa compasión mutua. — Procuero llevar a mi vida este ideal, como última concesión a la insinceridad le dedico a las veces el silencio (que es un sacrificio) y esto me va valiendo cierto aislamiento y el entibiamiento de amistades que me son caras. Hace poco le he dicho a un buen amigo mío, poeta catalán, hombre discreto, cariñoso y bueno, que sus últimos versos — de que está enamorado — carecen de inspiración y son vulgares, sin defectos ni méritos, y el amigo, que al fin pertenece al gremio del *genus irritabile vatum* se defiende y temo perder su amistad. Creo haber perdido la del Sr. Soto y Calvo, argentino, por una crítica de su soporífera *Nostalgia*. Y es hombre a quien aprecio.

Y aquí me tiene en mi conflicto de conciencia con el Sr. D. Angel Floro Costa. Llevo leídas 74 páginas de su libro y creo imposible que me guste el libro. Desde que

vi que se entusiasmaba con Novicow y consideraba un libro de éste como la Biblia moderna torcí el gesto. Porque Novicow es un escritor vivo, ameno, *brillante*, que enfusa sus libros de toda clase de noticias, es un periodista, pero no logro ver su profundidad. Tiene no poco de la ardilla. Al pronto deslumbra, pero cansa pronto; lo resuelve todo de plano y goza del más cándido optimismo progresismo. Y seguí leyendo a D. Angel Floro Costa y seguí corroborando mi primer juicio, al leer párrafos un si es no es gongorinos, con unas adjetivaciones inverosímiles, con un estilo impreciso y lleno de *à peu-près* (que es el vicio de nuestra casta, o sea de los pueblos hispano-parlantes) y una cándida fe en la ciencia, de la que yo desconfío no poco (es decir, de lo que se llama ciencia). Me hace un singular efecto el Sr. Costa, con su liberalismo ingenuo, su admiración ilimitada y ciega a Novicow y hasta al Dr. Pellegrini, a quien, no sé bien por qué, tengo por un charlatán como los muchos que gastamos por aquí en política.

Y ahora, usted, que conocerá al Sr. D. Angel Floro Costa ¿qué hago con él? ¿le contesto o no le contesto? El dilema es claro; si no le contesto, dirá que soy tan desconsiderado como otros españoles, a quienes en su carta cita, que le han dado la callada por respuesta, y si le contesto, por mucho que embole, dore y encubra la cosa, no le agradecerá mi contestación. ¿Qué hago? Usted, con el conocimiento que del señor Costa tendrá, puede ilustrarme.

La confianza que usted ha logrado inspirarme hace que le consulte esto respecto a su compatriota de usted. No sé cómo aliar mi simpatía a todo esfuerzo leal y sincero hacia la verdad y mi amor a la sinceridad absoluta.

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno.

\* \* \*

22 dic. 1903.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Mi muy estimado amigo: Le agradezco mucho su última y expresiva carta. Desde que yo le escribí la vida espiritual de este pueblo español parece que se ha intensificado. Esto progresa, por debajo, con gran rapidez; hay una crisis honda y se sienten esos ruidos soterraños que preceden a las grandes conmociones. Desde hace años es ahora cuando empiezo a creer en la proximidad de una nueva revolución, como fué la de 1868. Hoy todos tenemos aquí que alistarnos en el combate; el estado de la patria no permite la labor puramente contemplativa ni el arte puro. Hay que sacrificar el cultivo del propio nombre, las naturales ansias de quedar en la historia literaria, a la santa labor de dar el espíritu al pueblo. Más que embotellar mi alma en uno o varios libros tengo que derramarla entre los míos, sembrarla en mi patria.

Presumo que la sacudida será honda y llegará a las entrañas religiosas del pueblo. Hay que hurgarlas. El pobre duerme; le han educado a delegarlo todo. El cuidado económico lo delega en el usurero; el cuidado político, en el cacique; el religioso, en el cura, y los tres le cobran caro, el primero el capital que le presta, el segundo la influencia, el tercero la gracia divina averiada que le revende. En vez de darle una luz para que por sí mismo se busque y abra su camino de eternidad, se le metió en un carro y en él se le lleva a obscuras por caminos que desconoce. Mas parece que despierta, sobre todo en las ciudades.

Todo esto y el prever que he de tener que ocupar mi puesto en las filas y combatir mi combate me tiene distraído de otras cosas y apartado de los reposaderos del espíritu. Y quién sabe? Tal vez la obra de arte más duradera, la más serena, la más universal, sea la que surja de entre el fragor del combate. Escritos de ocasión son muchos de los

más grandes escritos; escritos de ocasión fueron los Evangelios y las epístolas de Pablo de Tarso.

Novedades literarias no las hay por aquí. Nuestra literatura se supedita a la lucha; la más de ella no puede entenderse fuera de aquí. Y gracias a Dios que empieza a romperse el marasmo de estos estériles años de la Regencia.

No sé si me engañará el corazón y volveremos a caer en la apatía. En tal caso no habrá redención ya para la pobre España.

Infórmeme de las novedades espirituales de ese su país, si las hay, y en todo caso de sus proyectos.

Ya sabe cuán de veras es su amigo

*Miguel de Unamuno.*

\* \* \*

6 VII 07.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Mi querido amigo: hasta ayer no me llegó su tarjeta del 30 V presentándome al joven Hugo D. Barbagelata, cuya obra leeré con atención. Y en un número de La Nación que me llega hoy leo su ensayo sobre cómo ha de entenderse la sinceridad literaria. Me siento animado a comentarlo en La Nación misma tomando otro punto de vista: el de la sinceridad colectiva o social. La grandeza de Carducci está en que su lírica ha sido épica, en que ha cantado sentimientos de todo un pueblo, y la flaqueza de casi todos los nuestros — españoles y americanos — en que su lírica es no ya personal, sino individual. Se pudren en la torre de marfil. En general no tienen patria.

Supongo en su poder ya mi tomo de "Poesías" y espero con verdadera ansiedad su impresión. He querido dar no sólo mi alma sino el alma de mi pueblo y hacer, pese a la aparente novedad de la forma, poesía genuinamente española. Este desdichado decadentismo de importación pari-



siense nos ahogaba. No se oía una nota profunda, austera y viril; todo eran caramillos pánicos y estribillos verlainianos. Lo cual, gracias a Dios, se está acabando.

Hace poco tuve el gusto de conocer como escritor a Vaz Ferreira. Es un espíritu que honra a su patria.

En espera de sus noticias se le repite amigo muy devoto

*Miguel de Unamuno.*

---